Numero 0 | Septiembre de 2015 | contacto: lavoladura@riseup.net

Voladura

Contra el parlamentarismo, el apoyo crítico y el oportunismo.
Por la autoorganización y la extensión de la lucha de clases.

Ha habido un intento de criminalización, de demonización, de situarnos como revolucionarios y radicales, cuando en realidad se está defendiendo el Estado.
Ada Colau, 20 minutos, 22/01/2015

Renovación parlamentaria

Cómo cambiar algo para que todo siga igual...

La Iglesia Católica y el Vaticano llegaron a tal momento de desprestigio y repulsión (corruptos, abusadores, protectores de tiranos...) que, para reflotar esas instituciones y seguir con el negocio del engaño, tuvieron que llamar a un nuevo papa, con un discurso populista y de defensa de los pobres. Con promesas de renovación y frases humanistas, el papa Francisco devolvió gran parte del crédito a la Iglesia y a los aduladores de Dios.

El parlamento y los políticos en general también han sufrido el mismo desprestigio y odio de las oprimidas en forma de agresiones, cánticos contrarios («Nadie nos representa», «Que se vayan todos»), cercos, abstención, que han esbozado el camino de la transformación social: «No sabemos bien por dónde pasa, pero estamos seguros de que no es por el parlamento, desde el cual sólo se puede gestionar la injusticia social y la miseria cotidiana». Para reflotar la imagen del parlamento y los partidos políticos, han aparecido personajes como Pablo Iglesias o Ada Colau. Nuevamente (la Iglesia's nos la ha Colau) la receta vuelve a funcionar: una institución que empezaba a ser odiada por muchos vuelve a regenerarse poniéndose al servicio del capital, prometiendo cambios en el decorado para perpetuar los intereses de nuestros explotadores y defender toda la estructura de dominación y privilegios.

Pero el tiempo, amigas, pone a cada uno en su lugar, y los Francisco, Iglesias y Colau pronto tomarán el relevo a los Kirchner, Mujica, Evo y Correa, los apagafuegos que llegaron para calmar los ánimos tras el susto de las revueltas de inicios de siglo en América.

Éstos quedaron delatados hace ya tiempo con sus medidas y discursos: José Mujica al condenar los saqueos y las ocupaciones de tierras que se produjeron en 2002 y al arrestar a compas anarquistas; el gobierno de Lugo, que organizó las matanzas de campesinos en Paraguay; los gobiernos del electricista Lula y de Dilma la guerrillera, que hicieron desaparecer a miles de personas desde 2007 hasta hoy solamente en Río de Janeiro; o la represión sangrienta de la huelga general de 2013 en la Bolivia de Morales, por poner sólo algunos ejemplos.[1]

En un caso diferente pero similar, en Grecia, la subida de un nuevo gobierno alimentó una serie de deseos ingenuos y casi ridículos: el partido de la izquierda radical se alió con un partido de la derecha xenófoba nacionalista para formar un gobierno que no puede hacer otra cosa que aplicar un programa alternativo de austeridad, recortes, miseria, dentro o fuera del Euro, poco importa, pues el mercado financiero y el capital tienen siempre la última palabra en los planes de cada parlamento, de cada gobierno. Pensar que este nuevo gobierno es nuestro aliado es signo de impotencia no sólo práctica sino también teórica.

Como muy bien aclararon las instituciones Europeas al primer ministro griego: «Los gobiernos cambian, pero el Estado mantiene su continuidad». El entramado de las estructuras del Estado y del capital siempre impone su lógica a los gobiernos elegidos. ¿Nos pueden dar un ejemplo -¡uno!- en el que un nuevo gobierno de «izquierdas» consiguiera un cambio significativo en las relaciones sociales? En Grecia, el gobierno aplica políticas de austeridad con unos tintes humanitaristas que esta misma austeridad necesita para seguir adelante. Apoyar un Estado -¡sí, un Estado! no sólo un gobierno- porque empieza a montar comedores populares es renunciar a nuestra misma capacidad de recuperar lo que nos pertenece. Apoyar cualquier gobierno es renunciar a la fuerza de la calle, a la fuerza de la denuncia colectiva, que es la única matriz de acontecimientos de cambio verdadero, estructural, sustantivo. Basta ya de ingenuidad, basta ya de amnesia.

Repitiendo el esquema, Ada Colau, tras las marchas por la dignidad del 22 de marzo de 2014, condenó la violencia producida al final de la movilización. Poco después, presentaba Guanyem. La burguesía necesita un partido que mantenga el orden capitalista, le da igual de qué color ni que cambie algo del decorado de cartón piedra. Un partido que mantenga la paz social y que se encargue de reprimir a la disidencia y a cualquier movimiento que cuestione a quien representa y gestiona el Estado.

Esta vez, ese partido del orden, para que tenga más credibilidad y apoyo ciudadano, vende una alternativa que en realidad perpetúa el mundo tal y como es. De ahí que Podemos ya tenga, como en su día lo tuvo Evo Morales, el apoyo de sectores militares y empresariales.

1. Por encima de estos ejemplos la función de estos gobiernos fue hacer pequeños cambios para salvar el orden capitalista. Manteniendo intacto todo: trabajo asalariado, propiedad privada, mercancía, progreso, democracia, ...

«Que les votemos, nos dicen»

Estos personajes, que antes gritaban con nosotras en las plazas, han decidido que ahora sí, que ellos sí pueden representarnos en el parlamento, ese teatrillo montado para distraer al personal. Pero no les basta con eso. Además, pretenden hacernos creer que con cuatro roñosas reformas (o con cincuenta, para el caso es lo mismo) nuestra existencia en este mundo putrefacto va a cambiar. Y así, nos hablan de salario justo, cuando luchamos por suprimir el trabajo asalariado y la explotación; nos hablan de una banca ética, cuando luchamos por acabar con el dinero y los bancos; nos hablan de alquileres sociales, cuando luchamos para que no exista más propiedad privada; nos hablan de un capitalismo con rostro humano, cuando luchamos por destruir este sistema que nos aniquila.

Y aunque reconocen sin pudor que no son revolucionarios, pretenden hacernos creer que el cambio para una «nueva política» vamos a conseguirlo votándoles cada cuatro años.

Basta de cuentos. Las explotadas sabemos bien que los parlamentos nunca han significado un cambio radical de este sistema. No lo fue en 1936 con el gobierno de la República ni con los ministros «anarquistas» [sic], y no lo será ahora con estos que aseguran no pertenecer a la «casta». Tampoco lo será con esos otros que pretenden, estar de día en el parlamento, sentados al lado y abrazando a nuestros represores y explotadores, legitimando y gestionando esa institución podrida, y por la noche participando en las manifestaciones que se enfrentan a él y a las medidas de austeridad que nos imponen.

Es triste ver cómo compañeras que antes ocupaban edificios, escrachaban al enemigo o participaban en coordinadoras y manifestaciones, piensan votar al «mal menor», mientras van olvidando las consignas de la calle y asumen el discurso del poder establecido: «¿Cómo queréis que suprimamos la policía y las unidades de antidisturbios? -se preguntaba una representante de En Comú-. ¿Quién se hará cargo de las bandas kosovares? ¿Pretendéis que esto sea el far west? Reformaremos la ley contra los desahucios, pero no defenderemos a aquellos listos que dejen de pagar el alquiler. No tenemos ninguna promesa espectacular, más que regenerar el sistema educativo y sanitario, que ya es mucho». Pero la realidad imperante de este sistema saca a la luz la naturaleza reformista de estos partidos y sus programas, que no plantean ni plantearán poner fin a la miseria sino perpetuarla.

Octavilla repartida en la manifestación del 1º de mayo en Barcelona.
CRIT. Comité Revolucionario Internacionalista Tansgresor

Ante el empeoramiento de las condiciones de vida, ante las necesidades inmediatas de los explotados, aparecen todas las desviaciones clásicas de la socialdemocracia (la politicista por un lado y su falsa oposición economicista por el otro), que con un envoltorio "revolucionario" ofrecen el mismo producto de limpieza que depurará el capitalismo de sus elementos mas nefastos (los patrones, la miseria, las desigualdades...) a través de la "democratización".

En el momento de derrota en que nos encontramos y a falta de una perspectiva revolucionaria estas propuestas calan fácilmente entre el proletariado y aniquilan cualquier tentativa de autorganización, que tienda al cuestionamiento de la totalidad del orden social.

Canalización de la lucha más allá del parlamentarismo.

Táctica. El oportunismo político elevado a religión de apagafuegos y manipuladores.

Quiero vivir entre gente que es consciente de que vivimos en guerra. Una guerra contra la vida. Contra el espíritu.(...) Que no fingen estar luchando cuando es obvio que lo que están haciendo es convertir un campo de batalla en un jardín.

Beyond Amnesty

Como alternativa a esta canalización del movimiento social hacia el parlamento crecen toda una serie de propuestas positivistas que en aras de un crecimiento cuantitativo acaban cayendo en el oportunismo.

Estas propuestas tratan de ofrecer un producto ideológico vendible capaz de competir con las propuestas parlamentaristas. Para ello se ha empatizar con los posibles consumidores como si se fuera un comercial de cualquier mercancía cuya arma mas habitual es la manipulación emocional. Hay que hacerlo aceptable, que guste al consumidor, se necesita rastrear el mercado y palpar lo que pide el consumidor, ver lo que hace la competencia para presentar una contraoferta... Lo importante ante todo es la venta cuantitativa, lo cualitativo es lo de menos. Si hay que cortar por aquí, colorear por allá, desechar todo lo que tenga ver con el negro de funeral o el rojo de sangre, que así sea. Que no dé la sensación de antigualla, cuanto más moderna mejor, cuanto más sensación de novedad, como los tiempo que corren, mejor. ¿Lenguaje de la prehistoria? No por favor, lenguaje a la moda, ¿Esfuerzos al consumidor? No, eso no vende, todo bien masticado. Ah... y sobre todo nada de abstracciones raras que nada aportan, todo muy concreto, sencillo, y con soluciones fáciles, para que como con los productos de la competencia no haya ni que utilizar una neurona. Y no hay que preocuparse si en todo este proceso no queda ni rastro del pasado, mejor todavía, más originales aún. Para los nostálgicos, que siempre los hay, les haremos un guiño colocándole a todo este producto un bonito envoltorio que contendrá en letras grandes la palabra: Revolución. Casi nada.

Esta practica social que convierte la revolución en mercancía, se justifica por la necesidad de utilizar una táctica adecuada y acaba sirviendo para reprimir todo accionar frontalmente hostil al capitalismo. La necesidad de adecuarse a un momento histórico nuevo es una vieja excusa muy socorrida, para justificar toda clase de acciones contradictorias con el fin que se persigue. Incluidas alianzas, colaboraciones o simplemente sumisiones. Materializadas en la práctica de la defensa del parlamentarismo unas veces, las reformas parciales, la autogestión económica dentro del capitalismo, la lucha por las tareas democrático burguesas o incluso en ocasiones la defensa a ultranza de los supremos sacrificios por la patria "comunista", con jornadas laborales de 18 horas.

Curiosamente por cuestiones tácticas nunca suele ser el momento adecuado en el que se debe expresar claramente la crítica al mundo mercantil, base del poder de la burguesía o luchar por la verdadera trasformación social del mundo existente.

En lo más profundo de todo este oportunismo se encuentra enclavado una vieja conocida: la mercancía. Bajo la lógica mercantil del capitalismo el contenido de la revolución se inclina ante la autoridad ineludible de las leyes del mercado. Como si de cualquier mercancía se tratara el programa de la revolución acaba convirtiéndose en sus manos en un artículo más de las infectos productos que atiborran el mercado. Y como todos y cada uno de esos productos ese artículo busca hacerse hueco en el mercado y enfrentarse en las mejores condiciones a la competencia.

En fin, de la mano de cualquier mercader el valor de uso del producto mercantilizado es cada vez más una sombra, una apariencia de lo que fue su verdadero uso que tiene que plegarse a las necesidades de valorización. Bajo la influencia de la ideología del mercado, el oportunismo acaba convirtiendo el contenido de la revolución en una sombra de lo que fue, manteniendo sólo su apariencia pero liquidando todo lo que no es vendible por el «tenderete de la subversión», todo lo que no es directamente consumible, rentable, es decir, ¡todo lo que sea revolucionario!... En última instancia esta concepción en toda su pureza... ¡Es el capital transformando el proyecto revolucionario en mercancía! Evidentemente no hay valorización directa, pero todos los criterios que animan a esta concepción son los mismos que guían a la producción y circulación mercantil. Y desde cierto punto de vista no puede haber mayor valorización, mayor perspectiva de aumento de explotación y de ganancia, que el sometimiento y liquidación del programa de la revolución ante las leyes del capital, su destrucción fagocitado por el mercado.

Parlamentarismo y gestionismo: dos caras de una misma moneda.

En todo este mercadillo, la participación es el producto estrella, que nos lleva de cabeza hacia la cogestión del desastre. Es la democracia y por lo tanto el capital, extendiendo sus tentáculos para salvar este orden social, minimizando la lucha de clases.

No existe mejor manera de gobernar una prisión que hacer que los mismos presos participen en su gestión, conciliando a estos con sus carceleros, tratando de ocultar las contradicciones, creando un sentimiento de identificación entre quien se encuentra encerrado y la propia institución que le aprisiona. Esa es la esencia de la democracia y lo tienen muy claro los que sostienen este mundo putrefacto. No es de extrañar la tendencia a una mayor participación de las instituciones que perpetúan este sistema de dominación, incluida la cárcel (modelo UTE). Esto que no tiene nada de novedad, es lo que algunos nos pretenden vender como alternativa con apellido libertario o sin el. Unos lo proponen en el circo electoral otros en la producción, en los hospitales, en las escuelas...

En este auge del comercio de alternativas, hay quienes afirman incluso que se puede salir del capitalismo continuando con el intercambio mercantil (sea este con moneda social o mediante el trueque), gestionar los barrios o pueblos al margen del estado sin destruirlo y otra serie de ilusiones a gusto del ciudadano-consumidor. Si en el súper nos ofertaran como novedad zumo de uva fermentado afirmando que no es vino pensaríamos que nos están viendo la cara... Pero hay quienes defienden sin empacho: fomentar redes de autogestión de la producción, consumo, financiación y moneda propia como una forma de transición hacia una sociedad sin capitalismo(sic! sic!).

La falta de perspectiva de superación de la sociedad puede acabar reafirmando la miseria a la que nos condena el capitalismo, con la ilusión de ir mejorando gradualmente esta sociedad, cuando en realidad estamos reproduciendo todas sus leyes.

En el mejor de los casos puede que hablen de la necesidad de revolución, sin embargo es necesario romper con eso, si lo que queremos es trasformar esta sociedad y no restaurar el orden capitalista "desde abajo". Es importante tener claro que nuestro conflicto con el capital es mucho mas profundo que quién decide y cómo se gestiona.

Las distintas alternativas, parlamentaristas o gestionistas, (desde el clásico obrerista o su versión mas jipi-verde-huertista), que se nos presentan tienen el mismo objetivo.

Todas estas ideologías tienen, aunque se presenten como opuestas, fundamentalmente algo en común: (intencionadamente o no) actúan contra la revolución, negando la necesidad de destrucción total de la sociedad del capital.

Todas nos empujan a un simulacro de combate que sirve para reproducir el sistema, que quema y desgasta sumergiendo incluso a los más combativos en la construcción de una celda mas bonita, ¡y no paran de repetirnos que hay que construir! Puede que nos dejen elegir asamblleariamente de qué color pintar las paredes del mundo que nos aprisiona, pero de lo que de verdad se trata es de destruir esta gigantesca cárcel desde sus cimientos.

¿Construcción o destrucción?

Frente a todo esto, que no nos lleva mas que a reproducir las condiciones existentes es necesario seguir apostando por el conflicto, por la negación y por la critica de todas estas ideologías.

Toda tarea constructiva o positiva que no se base en la contraposición al dominio del capital solo sirve para fortalecerlo, ¡No hay nada positivo a salvar! Los explotados no tenemos nada que gestionar, construir, ni proponer para que funcione mejor esta sociedad.

La tarea de los revolucionarios consiste en la negación de este sistema de muerte, con su trabajo, sus mercancías, sus jerarquías, su progreso, su ciencia, su familia, sus ideologías, sus religiones, todos sus muros, prisiones y hospitales,...

Este sistema en el que no puede existir otra comunidad que la del dinero, es totalitario, y por lo tanto ha de ser destruido totalmente. Lo único que es necesario afirmar es la comunidad de lucha para abolir este orden social y pelear contra todos los espejismos que nos proponen para salvarlo. Y esta comunidad únicamente se abre paso en la negación, en la ruptura, en la critica, en la destrucción de todo lo que nos destruye. Es en esa inmensa tarea destructiva donde se haya el germen de la verdadera comunidad humana.

¿Negación o afirmación?

La pasión destructora es al mismo tiempo una pasión creadora

Bakunin

Nuestras ansias por destruir este sistema social nacen de la determinación que tenemos como explotados y oprimidos de dejar de serlo, pero también de la necesidad que tiene el ser humano de vivir en comunidad y sin clases sociales, de vivir en un mundo libre de dominación; sin embargo ese mundo nuevo, no puede existir al interior de éste. Es por eso que el asociacionismo proletario, la coordinación y los lazos entre compañeros, la militancia por un proceso revolucionario internacional... la comunidad de lucha[2] como proceso de negación, que se contrapone a la muerte capitalista, afirma y prefigura una comunidad humana mundial y abre la posibilidad de una verdadera vida.

2. Imposible abordar aquí este tema con la amplitud necesaria, pues no es el objetivo principal de esta publicación. De todas formas no tenemos recetas mágicas ni paraísos que prometer, solo somos algunos proletarios que luchan por emancipase y por ello vemos necesario denunciar las falsas salidas a la situación en la que nos encontramos.